

palabra se fué á su casa. D. Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedóse, añádióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

#### CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa D. Quijote, y volviendo al pasado razonamiento dijo: á lo que el señor Sansón dijo que se deseaba saber quien ó como ó cuando se me hurtó el jumento, respondiéndome digo; que la noche misma que huyendo de la santa hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente

yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brumelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido cuando faltando las estacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le vi: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que sino la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos días, viniendo con la señora princesa Micomicona conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que ántes de haber parecido el jumento dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor. Así es,



sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshicieron, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi muger y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos y carreras que he andando sirviendo á mi señor D. Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en presona; y nadie tiene para que meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viages se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasarán sino á cuatro maravillas cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta lo mano en su pecho, y no se ponga á juzgar la blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces, Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar el autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó Don Quijote. Si debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y

por ventura, dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte? Si promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de D. Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quirotadas, embista D. Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á que se atiene el autor? Dijo D. Quijote. ¿A que? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en visperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda



que nos dormimos aquí en las pajas, pues tengamos el pié al herrar, y verá del que cogemos : lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó D. Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por que parte comenzaria su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de S. Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres arma-

dos como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller : si, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España : y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así no quiero que huya sin tener para que, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que el se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante : y si mi señor D. Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de topár por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre de hoto otro, sino de Dios; y mas que tan bien y



aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiese y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase que también se dice: cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y cuando viene el bien, mételo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor D. Quijote, que os ha de dar un reino, no que una insula. Tanto es lo de mas como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echará mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mi mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otra veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernar no conociédeses á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de en-

jundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo D. Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decían que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo D. Quijote, que si allí no va el nombre patente y de



manifiesto, no hay muger que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á ocho días. Encargó D. Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas, y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á D. Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

#### CAPITULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capitulo dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debía, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su muger conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿que traéis, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que él respondió: muger mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo, marido: replicó ella, y no sé que quereis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con el porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuecos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, después

que os hicistes miembro de caballero andante hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomars con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo eso fuera flores de cantueso si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os ireis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere

servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseais veros con gobierno: y en fin en fin mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada. A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba,



dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendra el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿ que importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y avertidal refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarnecas; no en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barrabas, replicó Sancho, ¿ por que quieres tú ahora sin que ni para que estorbarme que no case á mi hija con quien

me dé nietos que se llamen señoría? Mira Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puertase la cerremos: dejémos llevar deste viento favorable que nos sopla. ( Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo. ) ¿ No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiera, y verás como te llaman á ti Doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatafa, almohadas y arameles á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino ostaos siempre en un ser sin crecer ni menguar como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿ Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos

sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mundo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas; Cascajo sellamó mi padre, y á mi por ser vuestra muger me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: mirad que entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto: que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la muger honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro D. Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las

mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quien le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sanchico, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la muger, y que de cosas has en-sartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Que tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestras, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo que tuvieron moros en su linage los Almohades de Marruecos, ¿por que no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabeis por que, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas



calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo ahora no hablo de mío, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que esceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:) De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linage, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y

no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los envidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebreis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decis..... Resuelto has de decir, muger, dijo Sancho, y no revuelto. Nó os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me fallarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré, como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dijo Sancho, que ha de ser condesa nuestra hija. El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la

entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á D. Quijote para dar orden en su partida.

## CAPITULA VI.

De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de D. Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballeria. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él

pasaron le dijo el ama: en verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quijote: ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me escusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen entre otros muchos es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: dígaños, señor, ¿en la corte de su Magestad no hay caballeros? Sí, respondió D. Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los principes, y para ostentacion de la magestad real. ¿Pues no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió D. Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caba-



llos andantes : de todos ha de haber en el mundo ; y aunque todos seamos caballeros , va mucha diferencia de los unos á los otros ; porque los cortesanos , sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte , se pasean por todo el mundo , mirando un mapa sin costarles blanca , ni padecer calor ni frio , hambre ni sed ; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos , al sol , al frio , al aire , á las inclemencias del cielo , de noche y de dia , á pié y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos piés ; y no solamente conocemos los enemigos pintados , sino en su mismo ser , y en todo trance y en toda ocasion los acometemos sin mirar en niñerías , ni en las leyes de los desafios , si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada , si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto , si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no , con otras ceremonias deste jaez , que se usan en los desafios particulares de persona á persona , que tú no sabes , y yo sí ; y has de saber mas , que el buen caballero andante , aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes , y que á cada uno le sirven de piernas dos grandisimas torres , y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios , y cada ojo como una gran rueda de molino , y mas ardiendo que un horno de vidrio , no le

han de espantar en manera alguna ; ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir ; y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante , aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes , y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero , ó porras ferradas con puntas asimismo de acero , como yo las he visto mas de dos veces . Todo esto he dicho , ama mia , porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros ; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda , ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes , que segun leemos en sus historias , tal ha habido entre ellos que ha sido la salud , no solo de un reino , sino de muchos . ¡ Ah , señor mio ! dijo á esta sazón la sobrina , advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fabula y mentira , y sus historias , ya que no las quemasen , merecian que á cada una se le echase un sanbenito , ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres . Por el Dios que me sustenta , dijo D. Quijote , que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana , que habia de hacer un tal castigo en tí ,



por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿ Como que? ¿ es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿ Qué dijera el señor Amadis si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡ Válame Dios! dijo la sobrina, ¿ que sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un

pulpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuerfos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió D. Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como



el linage de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dio principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos principes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeas de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos principes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linages y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos sería en bajo y humilde estado. De linage plebeyo no tengo que decir sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los lina-

ges, y que solos aquellos parecen grandes e ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad, de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedis que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á compana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados, que aunque no le hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por

él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajado acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina  
De la inmortalidad al alto asiento,  
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió D. Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria

cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, quando corrió á esconderse por ne verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor D. Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde fuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

## CAPITULO VII.

De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apenas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que de ase tan desvariado propósito. Hallóe



pascándose por el patio de su casa, y viéndole se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas le dijo: ¿qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mío, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por donde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que para haberle de volver algun tanto en sí gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso érco yo muy bien respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, tan bien criadas, que no dirán una

cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor D. Quijote? No señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replico el ama; ¿la oracion de santa Apolonia dice vuesa merced que reze? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachilear, respondió Carrasco: y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados D. Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: señor, ya yo tengo relucida á mi muger á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo D. Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no



me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho ó diablo, no te entiendo, y si no me declarare, entónçes podra enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, Sancho, dijo luego D. Quijote, pues no sé que quiere decir soy tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Ménos te entiendo ahora, replicó D. Quijote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió D. Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincípio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme poir oirme decir otras docientas patochadas. Podrá ser, replicó D. Quijote; y en efecto ¿que dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la muger es poco, y el no que le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió D. Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que hablais hoy de perlas. Es el caso, repli-

có Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé donde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la insula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal insula, y se descuento de mi sa-



lario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió D. Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió D. Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio que es lo que solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leído todas ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servian á merced; y que cuando ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una insula ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos quedaban con titulo y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo escusado: así que, Sancho mio, volveos á

vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de ántes, que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, qui si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mi no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creído que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo, y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco y el ama y la sobrina, deseosas de oir con que razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera y con voz levantada, le dijo: ¡o flor de la andante caballería! ¡o luz resplandeciente de las armas! ¡o honor y espejo de la nacion española! plega á

Dios todo poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearen; y volviéndose al ama le dijo: bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor D. Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos; y yo encargaria mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas desta jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la órden de la caballeria andante. Ea, señor D. Quijote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aqui estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazón dijo D. Quijote volviéndose á Sancho: ¿no

te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sansón en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: si que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto mas



cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi muger, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la muger muger; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolver, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que del habia leído, y confirmólo por uno de los mas so-

lemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente D. Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo D. Quijote, que la habia de llevar. Ofrecióse la Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas oscura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos ama y sobrina echaron al bachiller no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien el antes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su muger, y D. Quijote á su sobrina y á su ama, al ancohecer, sin que nadie lo

viene sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, D. Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió D. Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como les leyes de su amistad pedian. Prometióselo D. Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

## CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á D. Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de D. Quijote y de su escudero; persuádeles

que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que estan por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron D. Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Dijole D. Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir